



EN LAS DESGRACIAS



---

## EN LAS DESGRACIAS

---



ÉLO allí inmóvil, en la actitud de un muerto: los ojos errantes, abiertos, se fijan aquí y allí sobre las paredes, con una expresión de estupor, como si hubiese pintadas en ellas figuras estrañas, visibles para él solo.

La rotura repentina de una pequeñísima arteria pulmonar, ha interrumpido de pronto su trabajo y sus placeres, suspendido sus pasiones, mudado el curso de sus ideas; alterado su semblante y su voz, cambiado el mundo á sus ojos.

La luz, el ruido y la sonrisa han huido ya de su alrededor; en la estancia semioscura no se oye más que hablar en voz baja y pasos ligeros de personas que no se miran para no leer en sus ojos la inquietud dolorosa que quieren ocultar en el alma.

La puerta se entorna lentamente: he ahí el primer amigo que avanza con cara interrogante.

El abre con su visita una procesion desordenada de amigos, los cuales vendrán á aquella almohada con una variedad admirable de sentimientos y de aspectos, á repetir un corto número de inmutables palabras, antiguas como el mundo, hasta que los despide la salud ó la muerte.

Pero el enfermo no distingue á aquella luz incierta las diferencias de semblantes; el enfermo es un poeta que ve con los ojos de un niño; él cree que hay en el corazon de todos una parte de la ansiedad que siente en el suyo, y á todos tiende su mano lánguida con igual gratitud.

No teniendo ya orgullo, ve á los amigos bajo un nuevo aspecto: le parece una cosa tan rara haber disputado asperamente y ocultado envidias y rencores, y pasado días furiosos con ellos cuando estaba sano, fuerte, libre y contento!

Pero ahora está bien seguro de que, conseguidas la salud y la libertad, será otro hombre con sus amigos; que la alegría de vivir, de trabajar, de moverse, de ver un largo porvenir por delante, le infundirá en el corazon una inmensa indulgencia para todos.

La enfermedad se agrava; las visitas de los amigos

menudean, y sus silencios se hacen más frecuentes y más largos.

Comienza á ver en sus miradas fijas como el sentimiento de una gran distancia que los separa de él, y entonces siente una necesidad inquieta de detenerlos, de volverlos á ver, de tener muchos alrededor á cada momento, apiñados, juntos, cerca de su lecho, como para apegarse á la vida agregándose á ellos; acuden á su imaginacion los nombres de los ausentes, le asaltan impacientes deseos de la compañía de algunos, amargas sospechas de la indiferencia de los que están lejos, un remordimiento de no haberse hecho querer bastante, grandes y repentinos arrepentimientos, que confiesa al amigo asíduo, con voz triste y humilde, apretándole la mano y rebatiendo con insistencia sus vivas negaciones.

Al presentarse alguno de ellos, parece que alguna esperanza se enciende en su alma, como si cada uno, con los recuerdos del tiempo feliz, en que gozaban juntos de la vida, le llevase una poca de la fuerza y del valor de aquel tiempo.

Con qué ansiosa curiosidad espía las miradas furtivas que se cambian y coge al vuelo las palabras que se murmuran al oído, para recordarse asuntos ó citas de aquel mundo lejano, confuso y espléndido que él acaso no volverá á ver más; y como le parecen todos

afortunados, felices, poderosos, y que les aguardan mil placeres y mil alegrías, fuera de aquella estancia de moribundo, adonde les lleva la compasión!

Una tristeza inmensa y muda penetra poco á poco en su corazón; todo su pensamiento es un adiós; las frases animosas de los amigos le suenan aun en los oídos, pero ya no llegan al alma; el rumor del llanto ahogado que ha oído en la habitación vecina, le ha hecho comprender que todo ha concluido;—la hora del peligro ha llegado;—los amigos, de pie alrededor de su lecho, le representan los compañeros del buzo sobre el agua;—algunos le parecen allí inmóviles desde hace mucho tiempo, otros se presentan de repente á su lado como espectros;—figuras con las que está muy familiarizado, de las que ya no recuerda el nombre, caras que le traen á la mente de una vez, mil recuerdos confusos y remotos que desaparezcan de pronto;—voces de otro mundo y de otro tiempo que le despiertan por un momento un gran estupor y un sentimiento de infinita ternura;—busca sus manos, y toca sus brazos;—quiere oír la voz de todos;—repite á todas aquellas sombras la palabra "amistad," como una palabra que encierra mil plegarias; perdonadme, recordadme, lloradme;—pronuncia los nombres predilectos, recomienda á sus

hijos, y dirige á acá y á allá palabras inconexas dentro de un inmenso vacío oscuro, al cual parece que baja lentamente con los brazos caídos y los ojos cerrados....

¡Con qué alegría triunfante volverá á ver al primer amigo despues de aquel terrible sueño!

La convalecencia, es como una segunda infancia.

Ellos aparecen delante, uno tras otro, rejuvenecidos, embellecidos con cien virtudes nuevas en el corazón y en la cabeza; inteligentes, que cada uno de ellos es para él como una fuente inagotable de hilaridad, y agradables como la vida que temía perder.

Su curacion, le parece que se la debe á ellos en grandísima parte; él aumenta en su juicio los cuidados y las demostraciones de amistad que ha recibido; confunde con la gratitud la alegría de revivir; mientras antes esperaba, ahora está profundamente seguro de que muerto él, sus amigos hubieran hecho por su familia los sacrificios más generosos; sus visitas, son como una fiesta, y siempre le parecen breves; los espera con impaciencia febril, en aquellas horas eternas de la convalecencia, aguzando el oído cada vez que suena la campanilla y cuando siente pasos; los entretiene con mil pretextos; las conversaciones que tienen entre sí le

divierten como escenas de comedia; el polvo de las calles que llevan en sus vestidos, los ramilletes de flores que dejan olvidados sobre la mesa, el abrazo que deja olor á tabaco, el ambiente del trabajo, de la ciudad, de la multitud, de vida, que le llevan á ciertas horas del día, todo es para él motivo de placer, y los ama, como si la causa de aquellos placeres residiera en ellos y no en su naturaleza rejuvenecida.

Ciertamente él no es agradable á todos; su alegría está oscurecida por una nubecilla; algunos no se desvivieron por volver despues de la primera visita; pero cómo perdonará fácilmente á todos, en la alegría de su primera salida, cuando le digan, felicitándolo, que el temor de importunarlo, —sus ocupaciones,—un niño malo,—el exceso mismo de su dolor!...

Sumado todo, quedará satisfecho y dirá lo que dicen casi todos los enfermos curados:

—¡He recibido pruebas de amistad, que no olvidaré mientras viva!

\*  
\* \*

¡Pobre diablo, si pudiera saber todo lo que los amigos, aun los más amables han sentido y pensado durante su enfermedad!

Se quedaría en la situación de una persona ignorante, que despues de haber respirado con voluptuosidad una bocanada de aire "finísimo" en la azotea de su casa, reconociera con el microscopio, lo que había respirado; polvos de hierro, filamentos de algodón, moléculas de cal, polvos de harina, esqueletos de infusorios, y pequeñísimos insectos vivos.

¿El amigo \*\*\* gravemente enfermo? A una noticia semejante, cada uno se pregunta inmediatamente qué vacío dejaría en la vida la muerte del amigo, en qué costumbres lo perturbaría, de qué placeres le podrá privar ó disminuir; y hecho este exámen rapidísimo, busca en seguida la manera de arreglarse y de distribuir su vida sin él.

Encontrada aquella manera, libre el ánimo de

aquella inquietud, entonces solamente da cabida al "dolor."

¡El dolor! Es la más vaga de las palabras humanas despues del amor.

No experimentamos dolor verdadero sino por la muerte de aquellos que, abandonándonos, perturban profundamente nuestra vida; es un dolor, que se debe en gran parte á la sorpresa. Para todos los demás no experimentamos sino tristeza.

No es dolor, aquello que no acaba con la sonrisa y con un cierto sentimiento agradable de la vida. Aun los amigos sinceramente afligidos, cubren su rostro con una máscara más triste que su cinismo, al entrar en casa del amigo enfermo.

¡Pobre enfermo! No vé sus caras secas y frías presentadas por costumbre con la expresion más comun del dolor, que es la de una atencion profunda, bajo de la cual, se puede pensar tranquilamente en los asuntos propios; no vé las impaciencias, las miradas dirigidas furtivamente por la ventana, á la alegría de la calle, las bajadas presurosas y festivas por la escalera, los amigos dichosos al sentarse á la mesa, en medio de su familia que está bien, en una habitacion iluminada y agradable, embellecida voluntariamente por la comparacion con la fúnebre que acabamos de abandonar; no sabe las visitas hechas por

conveniencia, despues de haber contado los días con los dedos, suspirando; no se apercibe de las miradas de soslayo dirigidas al amigo íntimo, motivadas por él, como si por su enfermedad le robase voluntariamente el tiempo, y le apartase de intento de sus ocupaciones: no sospecha ciertos sentimientos innobles de antipatía, inspirados por su pobre cara desfigurada, ciertos esfuerzos de imaginacion con los cuales los amigos hipócritas se exprimen una lágrima de los ojos en momentos solemnes, ciertos deseos horribles de otros amigos, obligados á visitarle, para los cuales la enfermedad se prolonga más allá de la medida de su afecto y de su constancia...

Sin embargo, la enfermedad es todavía la forma de la desgracia ménos fuerte, para las ilusiones de la amistad; la apariencia puede pasar por realidad; no hay que sacrificar más que un poco de tiempo al amigo. Y despues de todo, no hay que calumniar la naturaleza humana.

Como en cada compañía de soldados, delante de un peligro, se revelan siempre aquellos dos ó tres héroes temerarios, que no habian dado nunca pruebas de serlo; así en cada compañía de amigos, á la cabecera de un amigo enfermo, en los días terribles, se muestra siempre alguna alma generosa, ardiente-

mente apegada al dolor, infatigable é intrépida, que anima con su ejemplo á los tibios, despierta emulacion en los pundonorosos y hace avergonzarse á los hipócritas sin corazon; y es las más de las veces un amigo íntimo pero tambien es á menudo uno de los amigos ménos tratados, un hombre frío y reservado, el cual se trasforma y se crece al soplo de la desgracia: semejante á aquellas flores de la Siberia, que no abren su pétalo sino cuando el cielo se oscurece y amenaza la tempestad.



La desgracia más fatal para la amistad, es la caída de la opulencia en la miseria.

A quien se encuentra en este caso, se le presenta un espectáculo admirable, semejante al que debe verse en los planetas de ciertos sistemas de dos soles, cuando se oculta de una parte un sol rosado y sale por otro un sol verde; el universo cambia de color.

¿Por qué es más ultraje dar dinero que dar la vida, como dice con un sarcasmo hiperbólico Leopardi? Es quizá porque representa indeterminadamente una cantidad, de comodidades, de placeres, de poderes, de paz, que la imaginacion aumenta y confunde en el acto de privarnos de ellas, de modo que nos parece privarnos de miles de aquellas cosas? En pocos días, todo cambia en torno del desgraciado; las caras de los amigos, la entonacion de sus conversaciones, las voces de las personas á su servicio,

el aspecto de las puertas de su casa, las miradas, los saludos y hasta la manera de andar.

Es un mundo nuevo.

Le parece hallarse en medio, y que todos los hombres y todas las cosas están movidas por una irresistible fuerza centrífuga.

Su persona hace el vacío por donde quiera que pasa, como los sultanes antiguos que salían precedidos del verdugo.

Su numerosa familia de amigos huye, se esconde, desaparece, se disuelve á su aparición como una multitud de ciudadanos pacíficos sorprendidos por una granizada de balas.

En efecto, el sentimiento que inspira á la mayor parte es el terror...

Presentar el aspecto de egoistas salvajes con un hombre que se ha llamado amigo tanto tiempo y al cual se ha creído siempre noble y generoso, es una terrible prueba para el orgullo de cualquiera.

Todos buscan evadirse de algún modo, aun con los pretextos más descaradamente comprensibles, á fin de evitar el suplicio de tener que quitarse la máscara con una negación en el rostro.

Aquellos que están próximos á él, se la quitan miserablemente.

Algunos llegan á ser humildes por temor al desprecio y rehusan con palabras trémulas, preguntando ansiosamente á la cara del amigo; al cual, después procuran hacer otros mil servicios, también fiados para ellos, para no perder su estimación, que tienen conciencia de no poder ya esperar.

Otros esconden su vergüenza bajo una fingida brutalidad, prefieren romperla de pronto, de una vez para siempre, haciendo del amigo un enemigo, respecto al cual, al ménos, no sentireis más remordimiento.

Pobres diablos que habían creído siempre que en alguna ocasión habían de ser capaces de un sacrificio por un amigo, permanecen afligidos, humillados verdaderamente de descubrir su egoísmo, como todos los demás, confundidos de tal modo, algunas veces, de haber caído así de su propio concepto, que inspiran compasión y realzan el orgullo al mismo amigo que se ha humillado ante ellos.

De los que dan algo, la mayor parte buscan aturdirse con un consentimiento precipitado y ruidoso, seguido inmediatamente del acto; y acompañado por una alegría desenvuelta y locuaz, á la cual suceden después en la soledad, desahogos violentos de rencor.

Todos están cargados de deudas, de empeños, de



parientes hambrientos, de queridas ruinosas, de colonos ladrones, de hijos—de hijos naturales, que estudian en Universidad lejana;—todos son viciosos, descuidados y desesperados.

Y todos buscan mil disculpas, despues de haber sido rechazados, para demostrarse á sí mismos que aquel acto, que es compatible con la buena amistad, que fué una excepcion, que las circunstancias lo excusan porque todos quieren conservar la ilusion de ser buenos amigos y tener derecho para poseerlos.

El "protestante" por otra parte está en la desgracia por su culpa, ha tirado el dinero por la existencia, todos lo despreciaban, cierto tapiz suyo de 300 pesetas llegó á ser famosos, todo el mundo sabe que hace tres meses envió un telegrama de 50 palabras.

Ninguno habla de él; sin embargo, cuando lo ven de lejos, pálido y casi andrajoso, que atraviesa por la calle; los amigos se miran y le vuelven la espalda precipitadamente.

Un dia despues lo vuelven á ver, restablecido y contento. ¿Quién lo ha socorrido? Fulano de Tal, un amigo que se ha quitado el pan de la boca. —Y bien; ¡bella accion!—dicen; lo que no hace el uno lo hace el otro; aun hay corazones en el

mundo. Pero la antigua amistad cariñosa no se reanuda ya entre el que ha pedido y los que han negado: el uno no tiene ya fé, los otros, han sido juzgados; cuanto hagan por acercarse, lo separará la imágen de un mefistófeles asqueroso que los mira sonriendo con dos monedas en los ojos.

\*  
\* \*

Entre las desgracias, es quizás ménos mala para la amistad, una de aquellas grandes caídas del orgullo que dejan al hombre aturdido y trastornado, como el sarcasmo violento de la multitud.

Pero ¡cuán triste es, sin embargo!

A la primera noticia todos corren de cerca para rescatar sus propios créditos, como se hace en un Banco que está para quebrar.

La facilidad de vengarse, excita en sus amigos hasta los rencores ya muertos.

Descontarán todas las cosas de una sola vez; todas las palabras malévolas, todos los chistes malignos, todas las victorias en las discusiones, todas las suertes pequeñas que le hayan sido perdonadas en dos años.

Ciertos amigos lejanos, olvidados por él hacía mucho tiempo, le escribirán para desquitarse de una antigua envidia, mordiéndole de paso al darle el pésame.

En el fondo de los ojos de los amigos más íntimos, bajo la expresión de la piedad y del afecto, descubrirá, mirándolos bien, una sombra de sonrisa, un puntillo luminoso pequeñísimo como la punta de un alfiler de plata del cual sentirá la herida en la frente.

¡Ah! ¡No hay peligro en que sea dejado solo!

Muchos habrá á su alrededor y llegarán á ser sus compañeros asíduos, dichosos de poder colocarse sobre las ruinas de su orgullo ó acompañar á paseo el cadáver ambulante de su soberbia.

Si ha caído por un colosal despropósito del ingenio, murmurarán siempre á su lado sobre los errores de las ciencias y de las artes; si se ha arruinado por un acto insensato de cobardía, le rodeará triunfante toda la multitud de pusilánimes; si ha caído en el más cruel ridículo por la escandalosa fuga de su mujer, irán á mirarle á los ojos, radiantes de felicidad doméstica, todos los amigos de la frente adornada.

Es un furor de desquite universal, un contagio que se extiende hasta á los mejores; una voluptuosidad refinada y grosera que todos experimentan en manosear y exprimir sin descanso aquel asunto, en conversaciones interminables, reanudadas mil veces con la misma palabra; y cuando él cree que

los más despiadados están ya cansados de ella, los más benévolos gozan todavía.

Puede ser que si tuviese valor para llamar uno por uno á sus amigos más honrados y decirles con indignada y triste voz nacida del corazón:

—¡Sé, tú, al ménos, un verdadero amigo! ¡Compadéceme, defiéndeme, ámame!—la mayor parte de ellos le tenderían conmovidos la mano, porque no es perfidia, es pueril malignidad y ligereza femenina lo que les hace duros y feroces.

Pero el poco de orgullo que le resta, le cierra la boca, y la risueña hostilidad de sus amigos, mantenida viva por aquella manifestacion de resistencia, continúa, y levanta la voz, y aumenta el círculo de gentes que le rodean; hasta que los más generosos, cansados de aquel villano encarnizamiento, se arrepienten y se rebelan colocándose entre la víctima y los perseguidores; y callan todos poco á poco, y se disponen á la defensa, ó se olvidan de ello, buscando en el campo de las propias amistades una víctima nueva.

*¡Vae victis,* aun entre amigos; y afortunado el vencido que halla entre ellos una sincera compasión;—¡una sola!

Y bien, todo esto es triste; pero ¿qué importa cuando nos hiere la más grande de las desventuras?

¡Ah! en aquellas noches eternas y terribles, cuando ha entrado la muerte en nuestra casa; cuando nuestro corazón de hijo mana sangre, ó nuestra alma de padre, mutilada, ahulla en silencio las más dolorosas palabras humanas; en aquellos momentos en los cuales en nuestra razón se suceden oscuridades inmensas en las cuales comienza el delirio, y relámpagos que le hacen ver el porvenir, hasta la más cansada vejez como una soledad más horrenda que la muerte; cuando se anda vacilante por aquella habitación en desórden, entre los sollozos de las mujeres arrodilladas, viendo por todas aquel blanco rostro y pronunciando cien veces aquel nombre, descando enloquecer ó morir: ¡ah! la imprevista aparicion de un amigo en aquellos momentos, aquel semblante pálido y aquellos abiertos brazos que nos llaman á su encuentro, ¡cuán bendecidos son!

Cuánto bien hace estrecharle contra el corazón y colgarse á su cuello, y referirle nuestra desolacion casi al oído, vertiendo lágrimas del alma, y escuchar su cariñosa voz que nos llama por nuestro nombre, que nos da valor, que nos recuerda los deberes que tenemos para los que sobreviven, que nos dice:

—¡Me quedo á tu lado, no me separo de tí, cuenta conmigo como con un hermano!

Confusamente, mientras echamos su cabeza hácia

atrás para que no vean aquella estancia tremenda cruzan por nuestra mente recuerdos de nuestra buena amistad, visiones rapidísimas y lejanas.

Una aldea en la montaña á la cual llegamos juntos al caer el sol,—un alegre encuentro en un camino solitario,—una hermosa tarde pasada juntos, en familia, delante del hogar, cuando aun no faltaba ninguno, y todos nos hallábamos contentos y sanos,—y todo nos parece ahora acabado ya, acabada nuestra serena amistad, acabados nuestros alegres paseos,—no nos verá reír ya nuestro pobre amigo,—es un adiós eterno á nuestro pasado el que le damos en aquel momento, abrazándole, un adiós á nuestra juventud, á nuestros amigos y á nuestras esperanzas; y á este pensamiento álzase en nuestro corazón agudísimo dolor que termina en una nueva explosión de llanto.

¡Si tuviéramos presente siempre esta escena cada vez que estamos para ofender á un amigo!

—¡Ten cuidado!—deberíamos decirnos: puede ser que un día entre los brazos de este, sofoques un sollozo de desesperación... puede que dentro de un mes!... ¿Tal vez mañana!



## ENTRE ITALIANOS

